

REFLEXIONES SOBRE R. KOSELLECK Y LA HISTORIA CONCEPTUAL

Francisco Martínez

FAUSTINO ONCINA:
Historia conceptual, Ilustración y Modernidad,
 Anthropos, Barcelona, 2009
 y n.º 223 de la *Revista Anthropos*,
 «Reinhart Koselleck. La investigación
 de una historia conceptual y su sentido
 socio-político», Barcelona, 2009

La vitalidad de la historia conceptual (*Begriffsgeschichte*) está fuera de duda. A la traducción de las obras de Koselleck¹ y los monográficos de revistas² dedicadas a esta disciplina se unen ahora dos títulos importantes. En primer lugar, el libro del profesor de la Universidad de Valencia Faustino Oncina y, además, un número de la revista *Anthropos* dedicado a la historia conceptual. Oncina recoge en este libro una serie de trabajos dos de los cuales están dedicados directamente a la historia conceptual, mientras que los demás trabajos son aplicaciones de dicha metodología, aplicada libremente de forma nada dogmática a diversos temas relacionados con la modernidad. Dos artículos dedicados a la cuestión del secreto en la masonería, en la estela del Koselleck de *Crítica y crisis*; un artículo sobre los avatares del iusnaturalismo en los años de Kant; un artículo sobre la recepción del opúsculo kantiano *Sobre la paz perpetua*; un artículo sobre el tempo jurídico en las reflexiones fichteanas sobre el derecho; y, por último, un artículo sobre ilustración y modernidad en Kant en que se relacionan las nociones ilustradas de Kant con los análisis de Koselleck sobre la patogénesis de la modernidad y se defiende una concepción de las aportaciones kantianas en un sentido que no conduce necesariamente al

jacobinismo revolucionario como afirma Koselleck, al presentar la crítica ilustrada como la antesala de la crisis del Antiguo Régimen que se saldó con la ruptura revolucionaria. No todas las concepciones ilustradas conducen de forma necesaria al jacobinismo y a la ruptura, por un lado, o a la exaltación fáustica, por otro, las hay más evolucionistas y más pacíficas y una de ellas es la que defiende Oncina, quien afirma: «queremos reivindicar la Ilustración, no como una ciudadela monolítica, sitiada hoy por doquier; ni como el paradigma maniqueo demonizado por esta generación, sino precisamente por su carácter coral y autorreflexivo». Como dice Oncina de nuevo, la modernidad es «estratigráfica, polifónica, y no siempre rima con el *pathos* apocalíptico de la revolución ni con el fundamentalismo ético».

Para Oncina la fecundidad de la BG (*Begriffsgeschichte*) reside en su fuerte potencial heurístico, aunque no se compartan sus premisas o resultados y a pesar del ambiente conservador en el que se gestó y en el que aún se encuentra. No se puede olvidar la influencia de C. Schmitt sobre Koselleck, especialmente sobre *Crítica y crisis*, y la recepción que de la obra de Koselleck han hecho autores como Odo Marquard. Para nuestro autor la importancia filosófica de la BG reside en que es una reflexión sobre «la modernidad, sobre su diagnóstico, sus cimientos, su despliegue y eventualmente sobre su progresiva consunción» muy fecunda, aunque no forzosamente acertada.

En los artículos mencionados Oncina establece una útil cartografía en la que sitúa el conjunto de autores y tendencias que han tratado estos temas desde la historia de

las ideas de Lovejoy, la historia de los problemas de cuño neokantiano, la historia espiritual de Dilthey, pasando por los esfuerzos de Eucken y Rothacker para establecer una historia de la terminología filosófica. También se relaciona el proyecto de Koselleck con el paralelo y sólo en apariencia opuesto desplegado por la escuela de Cambridge a través de las obras de Skinner y Pocock, más centrados en el análisis de los discursos que de los conceptos y más atentos a la pragmática histórica que a la semántica histórica. Por último, se plantean los desarrollos críticos con el proyecto de Koselleck de la escuela paduana centrada en torno a G. Duso y L. Chignola y las aportaciones originales a la semántica histórica de Rosanvallon que ha desarrollado «una historia conceptual de la política». Lo que tienen en común todas estas reflexiones es que su preocupación por establecer una historia de los conceptos va de la mano con la preocupación por los conceptos clave de la política y con la reflexión sobre el origen, alcance y limitaciones de la modernidad.

Una dificultad a la que se enfrenta toda historia de los conceptos es que en un sentido estricto los conceptos son objetos formales que en sí mismos no pueden variar ya que están definidos por sus notas y cuando cambian éstas cambia también el concepto. Por ello habría que decir que lo que tiene historia es el uso de los conceptos, más que los conceptos mismos. Como dice el propio Koselleck: «Los conceptos como tales no tienen historia. Contienen, pero no tienen historia». Oncina plantea la metodología de la historia conceptual a partir del texto seminal *Conceptos históricos fundamentales. Léxico histórico del lenguaje político-social en Alemania*, cuyas premisas metodológicas son las siguientes: se trata de un análisis de crítica histórica que sigue el principio diacrónico, analiza la semasiología (estudio de los diversos significados de una expresión) y la onomasiología (es-

tudio de las diversas denominaciones de una situación histórica concreta); no confunde los conceptos con las palabras que los designan, y se basa en la premisa de que la historia se condensa y plasma en diferentes conceptos que definen realidades y situaciones concretas. El léxico analizado parte de la tesis de que la terminología que define la realidad socio-política de la modernidad se forjó en una época que Koselleck denomina *Sattelzeit* que va de 1750 a 1850 y que está definida por cuatro procesos históricos que se superponen: temporalización, democratización, ideologización y politización. En esta época los principales conceptos, así como la propia vida, adquieren una dimensión temporal y se consideran sometidos al cambio histórico. Este enfoque que considera los coeficientes temporales que afectan al significado de los principales conceptos socio-políticos permite distinguir la historia conceptual de la ahistórica historia de las ideas. Por otra parte, preocupaciones teóricas y vitales que antes sólo preocupaban a las minorías cultas, ahora adquieren una dimensión masiva. Los dos fenómenos anteriores conllevan una politización de los conceptos que antevienen de forma directa en la vida pública y una ideologización al servir los conceptos de guías para la acción. Los conceptos no son sólo índices de una situación histórica sino que son también factores históricos de primera magnitud. Una de las principales consecuencias de la semántica histórica es que es indisolublemente también una pragmática histórica, lo que invalida una de las principales críticas de la escuela de Cambridge a Koselleck.

Oncina resalta que uno de los principales esfuerzos de Koselleck ha consistido en distanciarse de la hermenéutica de su maestro Gadamer manteniendo la especificidad de la historia conceptual: en primer lugar, para la historia conceptual no todo es lenguaje sino que la historia tiene condiciones pre y extralingüísticas que la constituyen y

determinan; la histórica o metodología trascendental de la historia, en tanto que teoría de las condiciones no sólo lingüísticas de la historia, no se puede reducir a ser un caso particular de la hermenéutica; precisamente en su búsqueda de categorías trascendentales de la posibilidad de las historias Koselleck ha individualizado cinco pares de conceptos enfrentados que él considera casi como constantes antropológicas que no pueden ser reducidas a un estatuto puramente lingüístico: matar / ser muerto, amigo/enemigo, interior/ exterior (secreto/publicidad), antes/después (padres/hijos), amo/esclavo. Según Oncina estos pares de conceptos conjugados los presenta nuestro autor como «requisitos histórico-naturales de la vida y la vivencia humana». Por otra parte, para Koselleck no se puede confundir la noción de *Historie* en tanto que narración de lo sucedido con la *Geschichte* que se refiere a los acontecimientos realmente sucedidos; mientras que *Historik* se refiere a la epistemología de la *Historie* o a las condiciones trascendentales de la *Geschichte*.

En su segundo artículo Oncina trata de la relación en Koselleck entre la historia conceptual, la histórica como reflexión trascendental sobre la historia y la modernidad. La historia en tanto que indicio de la temporalización de los conceptos y de la vida es una vivencia plenamente moderna, ya que es en la modernidad en la que se abre una brecha de amplitud creciente entre el «espacio de experiencias» (*Erfahrungsraum*) y el «horizonte de expectativas» (*Erwartungshorizont*), es decir entre el pasado asumido y el futuro entrevisto. La reflexión de Koselleck sobre la modernidad se inicia con *Crisis y crítica* donde, bajo la inspiración de C. Schmitt, nuestro autor considera que la época de crítica que constituyó la Ilustración tuvo como consecuencia ineluctable el surgimiento de la crisis del Antiguo Régimen con su colofón revolucionario. En esta obra inicial la modernidad ilustrada y críti-

ca desemboca en una crisis política que se resuelve mediante el sangriento expediente de la revolución. Como ya hemos dicho, Oncina se desmarca de esta conclusión tan sumaria y reductiva aludiendo al carácter plural y polifacético de la Ilustración y la modernidad que no sólo han producido patologías sino también el desarrollo humano material y espiritual. No está en la esencia de la modernidad el ser «velociferina», es decir, basarse en la aceleración de los tiempos y desplegarse bajo el signo del diablo.

La modernidad es un ejemplo de la estratificación del tiempo histórico, es decir, de la coexistencia en un solo tiempo cronológico de distintos tempos culturales que dan lugar a la contemporaneidad de lo no contemporáneo. En el presente se conservan estratos temporales pasados todavía vivos o por lo menos zombis, muertos vivientes, que limitan las posibilidades de actuación en el presente y de proyección hacia el futuro. De igual manera, también en el presente hay anhelos y esperanzas por tiempos mejores que todavía no existen pero que ejercen influencia sobre la existencia actual real de los individuos.

* * *

Respecto al número de *Anthropos* dedicado a Koselleck podemos decir que lleva a cabo una contextualización de la historia conceptual koselleckiana en el marco de la historia social, especialmente en los artículos de J.M.^a Sánchez-Prieto, que sitúa las aportaciones de Koselleck en el marco de una superación del giro lingüístico que al igual que en filosofía ha tenido lugar en la reflexión histórica de los pasados años y de J. Fernández Sebastián,³ que repasa los hitos fundamentales de la obra de Koselleck, la relación con sus maestros, resume sus principales obras y además aporta detalles biográficos y humanos muy interesantes, especialmente en relación con el viaje que Koselleck realizó a España en abril de 2005, poco antes de su muerte.

Se recoge también la lección conmemorativa que el profesor L. Hölscher, discípulo y colaborador suyo, pronunció a los pocos días de la muerte de su maestro que repasa sus principales contribuciones teóricas (la noción de *Sattelzeit* para describir los años 1750-1850 en los que surge y se desarrolla la modernidad; las nociones de espacio de experiencias y horizonte de expectativas cuya separación creciente define la propia modernidad; la noción metodológica de que las fuentes ejercen un derecho de veto sobre las diversas explicaciones históricas que tienen que ser compatibles con aquéllas, lo que restringe la posibilidad de interpretar de manera arbitraria la historia; la idea central de que los conceptos históricos son a la vez un indicador descriptivo de las situaciones históricas y un factor activo en dichas situaciones, lo que los convierte en elementos no sólo semánticos, que aportan sentido a las situaciones históricas, sino también pragmáticos ya que actúan en dichas situaciones transformándolas) y a la vez traza una semblanza vital de nuestro autor.

F.J. Caspistegui analiza la obra del primer Koselleck, el más influido por Schmitt y los historiadores filonazis O. Brunner y W. Conze, críticos de la Ilustración y enlazados con la *Volksgeschichte*, y sometido aún a la amarga experiencia de la derrota bélica. *Crítica y crisis* es la obra fundamental de esta primera época en la que el siglo XVIII se contempla como una lucha entre absolutismo y filosofía ilustrada, es decir un enfrentamiento entre política y ética que dio paso al surgimiento de la burguesía y, posteriormente, a la crisis revolucionaria. El profesor Oncina escribe un interesante artículo sobre lo que denomina el giro icónico en la obra de Koselleck, ejemplificado en la atención que nuestro autor dedicó en los últimos años de su vida a desentrañar el significado de los monumentos funerarios y su importancia en la constitución de

las identidades políticas. Estos trabajos sobre monumentos funerarios van a ser publicados por Oncina próximamente y son un ejemplo del giro icónico que se está produciendo en las ciencias humanas desde los años noventa del pasado siglo y que pone de relieve el hecho de que «las imágenes constituyen una forma irreductible de auto-comprensión humana y de presencia del saber». Para Koselleck la preocupación por los monumentos, y especialmente por los funerarios, es un antídoto contra la aceleración de la vida moderna y el desarrollo de una estética de la memoria que corre paralela con su semántica histórica. Para nuestro autor las imágenes son irreductibles a los conceptos: «lo que no se puede decir (*sagbar*) quizás se pueda mostrar (*zeigbar*) y, lo que no se puede mostrar, quizás se pueda decir». Semántica e iconología en Koselleck comparten los mismos criterios (temporalización, democratización, ideologización y politización) y el mismo umbral de cambio: la modernidad que surge en el *Sattelzeit*, según los análisis de Oncina. Los análisis de Koselleck de los monumentos funerarios no se limitan a los monumentos por los muertos en la guerra sino que intervino apasionadamente en el gran debate que se desarrolló en Alemania con motivo de la inauguración del Monumento sobre el Holocausto, al que reprocha que sólo tenga en cuenta a los judíos y deje en penumbra al resto de víctimas de los nazis, comunistas, gitanos, homosexuales, etc. Por otra parte, Koselleck recalca que en la actualidad ya no es posible erigir monumentos donadores de sentido y fundamentadores de la identidad, lo que se traduce que hoy sólo son posibles monumentos negativos, abstractos, no figurativos, que representan más el vacío y el sinsentido que la identidad nacional, como sucedía anteriormente. Esta primera parte concluye con una cuidada bibliografía de la dilatada producción de Koselleck debida a F.J. Caspistegui.

La segunda parte de la revista se abre con un texto fundacional de Koselleck: su introducción al *Diccionario histórico de conceptos político-sociales básicos en lengua alemana* en la que nuestro autor introduce las principales reglas de su metodología. Los conceptos que aparecen en el diccionario son aquellos conceptos-guías del movimiento histórico, cuyo uso permite comprender las estructuras históricas y el contexto en el que se desarrollan los acontecimientos históricos cruciales. Estos conceptos son a la vez factores e indicadores del movimiento histórico. El objetivo que Koselleck persigue con este diccionario es investigar «la disolución del mundo antiguo y el surgimiento del moderno a través de la historia de su aprehensión intelectual». Este objetivo exige que se analicen las superposiciones y desplazamientos del significado de los principales conceptos sociopolíticos en el surgimiento de la modernidad. Este cambio se da en el período que Koselleck denomina *Sattelzeit*, el tiempo bisagra que va de 1750 a 1850, el umbral epocal en el que las transformaciones debidas a las revoluciones políticas y el surgimiento y desarrollo de la industria se imponen en Europa. Nuestro autor delimita el método de la historia conceptual en relación con la historia de las ideas y la historia de los problemas y además la distingue de la historia de las meras palabras y de la historia de los acontecimientos. Este método es histórico-crítico, se basa en el principio diacrónico según el cual los cambios de los conceptos permiten conjeturar los cambios sociales producidos. Por otra parte, la historia conceptual integra las investigaciones semasiológicas y onomasiológicas, es decir, los diferentes significados de un término y los diferentes modos de designar una situación dada. Así como distingue entre palabra y concepto ya que un concepto es más que una palabra; una palabra para convertirse en concepto tiene que incorporar el contexto de significados socio-políticos en que dicha palabra se da.

A continuación Juan M.^a Sánchez-Prieto ejemplifica a través del análisis de las nociones de ideología y de cultura política la forma de actuar de la historia conceptual destacando que la misma va más allá del «giro lingüístico» y recupera lo social que no se puede reducir a lo meramente lingüístico. En su análisis retoma las aportaciones de P. Rosanvallon sobre la noción de cultura política y las recientes reflexiones sobre la importancia de lo imaginario en política destacando que la cultura política más que aludir a los juegos del lenguaje manifiesta un juego de imaginarios diversos: residuales, dominantes y emergentes que pugnan por imponerse.

Marramao presenta un denso y sugerente artículo en el que plantea las aporías que la noción de tiempo presenta en la modernidad. Estas aporías analizadas por Husserl remiten a las que Agustín vio ya en la antigüedad y que se resumen en la obviedad e inexplicabilidad que la noción de tiempo presenta al individuo. Entrando en la problemática que el tiempo presenta en la reflexión sobre la historia, Marramao analiza el paso de la pareja metodológica explicación/compreñión de raigambre diltheyana a la pareja contemporánea explicación/narración. Ahora es el tiempo narrativo el que se enfrenta como temporalidad auténtica a la temporalidad no auténtica de la explicación causal. Filósofos de la historia de tendencia analítica como W. Dray, A.C. Danto y H. White han encabezado esta tendencia historiográfica que concede la primacía al acontecimiento sobre las estructuras y han desarrollado una teoría narrativista de la historia en la que los tropos retóricos como la metáfora, la metonimia, la sinécdoque y la ironía han alcanzado una posición relevante. Frente a estas tendencias narrativistas, Marramao retoma las tendencias metaforológicas de Blumenberg y Ricoeur y la historia conceptual de Koselleck en tanto que tendencias que no reducen el análisis

de la historia a la mera narración. Por otra parte, se plantea la temporalización y la consiguiente apertura al futuro como un elemento definitorio de la modernidad que se basa en la idea de progreso y despliega una noción de temporalidad futuroológico—proyektiva, que aunque no se puede reducir a una concepción gnóstica, como hace Voegelin por ejemplo, sí hay que reconocer que comparte con el gnosticismo las nociones de consumo del tiempo y de aceleración del mismo, así como una ética del sacrificio como premisa de la promesa de liberación y salvación. A continuación, Marramao conecta las dos aportaciones fundamentales de Koselleck, la idea de una concepción «patogenética» de la modernidad con las nociones clave en la historia conceptual de espacio de experiencia y horizonte de expectativa, de tal manera que la patogénesis de la modernidad sería la inversión simbólica de la relación entre las dos categorías aludidas antes. Esta inversión supone que la expectativa acaba devorando la experiencia en lugar de relacionarse con ella de forma armónica. El futuro, especialmente en nuestra época tardo-moderna, no aparece ya como una promesa de liberación sino más bien como una coacción y limitación de la propia experiencia acumulada. La inflación del tiempo que define la modernidad acaba de forma paradójica con la muerte del tiempo, con la idea de un tiempo acabado, lo que permite hablar de nuestro tiempo como una «época de pasiones tristes». Frente a la paradoja moderna que simultanea la proyección en el futuro con la neutralización del pasado conservando sus restos como museos y parques temáticos sólo una concepción de lo histórico cuya misión no es tanto narrar ni explicar sino representar como forma de salvar el acontecimiento puede resolver esa paradoja. Marramao retoma la noción benjaminiana de representación (*Darstellung*) del pasado como la única forma de sustraer dicho pasado a la

historia escrita por los vencedores y a la vez como la posible apertura del futuro cerrado por las concepciones progresistas e historicistas del tiempo histórico. Por último, Marramao concluye defendiendo la necesidad de conectar el tiempo vivido con el espacio, rechazando las ideas clásicas sobre el tiempo de Bergson y otros que oponen el tiempo vivido psicológico como el único auténtico frente al tiempo cósmico espacializante que sería inauténtico de forma radical. En este sentido, Marramao retoma las nociones de temporalidad de Baudelaire que no se pueden confundir con las de Bergson y Proust y que se basan en la combinación de «una existencia espacializada y una existencia evaporada en número». La multiplicación de la existencia se produce gracias a la extensión infinita del campo de las sensaciones; el tiempo interno, vivido, se articula con la apertura a la exterioridad espacial que supone la sensación.

Por su parte, F. Dosse, profesor del Instituto de Estudios Políticos de París, sitúa la aportación de Koselleck entre la semántica histórica y la hermenéutica crítica, partiendo de la hipótesis de que «los acontecimientos son sólo perceptibles a partir de sus huellas, discursivas o no», lo que conduce a la afirmación de una relación esencial entre lenguaje y acontecimiento, es decir, de una semántica histórica que apuesta por introducir los acontecimientos en una intriga en los que los mismos obtengan su sentido, frente a su pretendida explicación por parte de las teorías causalistas y fisicalistas. Esta inserción del acontecimiento en una intriga narrativa es lo que permite la materialización de la experiencia humana del tiempo en los tres niveles que resalta J.L. Petit, su prefiguración práctica, su configuración epistémica y su reconfiguración hermenéutica. La intriga permite conectar y relacionar entre sí acontecimientos heterogéneos en una red de sentido que no coincide con

las relaciones causales propias de las explicaciones fisicalistas. Para Dosse, teórico y práctico de la biografía como género literario, la hermenéutica de la conciencia histórica permite situar al acontecimiento en una tensión interna en el seno de la oposición de las dos metacategorías con las que Koselleck analiza el tiempo histórico de la modernidad, el espacio de experiencias y el horizonte de expectativas. Pero frente al hincapié puesto en el acontecimiento, Koselleck piensa que las estructuras son las condiciones de posibilidad de los acontecimientos y así les dotan de inteligibilidad y de esta manera defiende la complementariedad de las dos perspectivas una, la de las estructuras, más cercana a la explicación histórica y la otra, la del acontecimiento, más cercana a la narración. En ese sentido toda conceptualización de la realidad histórica supone la superación de la singularidad que se trata de comprender. Para Dosse, Koselleck ha desarrollado una teoría estratigráfica del tiempo que hace coexistir diversos estratos temporales lo que supone la «simultaneidad de lo no simultáneo» y pone de relieve la importancia del anacronismo como los análisis de F. Hartog sobre Herodoto, las interpretaciones de J. Baschet sobre la complejidad del movimiento neozapatista en cuya lucha confluyen cuatro temporalidades distintas: el tiempo cíclico de las comunidades indígenas, el tiempo lineal de la modernidad y el marxismo, el presente perpetuo de la contemporaneidad y la temporalidad específica puesta en marcha por el desarrollo del propio movimiento zapatista; y, por último, la interpretación que J.M. Moegelin da del episodio de los burgueses de Calais que hay que interpretar más como un ritual de reparación de las ofensas recibidas por el monarca que un acontecimiento histórico propiamente dicho.

Por su parte, el propio F. Hartog analiza en su artículo la relación entre los tiempos y las historias y el paso de la historia uni-

versal a la historia global. Hartog plantea la paradoja que en nuestro mundo cada vez más globalizado es también donde más se cultiva la preocupación por las diferencias, bajo el triple aspecto del cultivo de la memoria, la afirmación de la identidad y la preservación del patrimonio histórico y cultural. En su artículo el autor francés busca la posibilidad de comparar diversas experiencias del tiempo y para ello acude a dos conceptos, en primer lugar el de «régimen de historicidad» propuesto por él mismo y que presenta las diversas articulaciones que se establecen entre las categorías de pasado, presente y futuro, y en segundo lugar, el concepto de la historia universal. Respecto a la noción de régimen de historicidad Hartog dice que en la experiencia histórica europea confluyen tres grandes regímenes de historicidad: el del Antiguo Régimen, basado en la cercanía entre experiencia y expectativa lo que permite considerar el carácter ejemplar de la historia como modelo a imitar; el de la modernidad, caracterizado por la brecha creciente entre pasado y futuro, entre experiencia acumulada y expectativas anheladas, en el que el propio tiempo deja de ser el marco de los sucesos para ser un actor que interviene por sí mismo: las cosas no suceden ya en el tiempo, sino debido al tiempo; y por último, el tiempo cristiano, que para Hartog no se reduce a ninguno de los dos modelos presentados sino que los combina de una forma sui géneris. En los últimos años en el marco de la actual globalización se plantea la posibilidad de desarrollar una historia global o globalizada capaz de hacer honor a la complejidad de la situación presente. Una historia global tendrá que considerar los efectos de lo global sobre lo local, lo «glocal», tener una dimensión planetaria y analizar los fenómenos de fragmentación que acompañan a los efectos de la globalización. Los desafíos de la globalización sólo podrán ser asumidos, según este autor, a través de una historia

universal que no sea centrada en el futuro ni teleológica, pero su posibilidad no está del todo clara.

Este interesantísimo fascículo de la *Re-vista Anthropolos* concluye en lo que aquí nos interesa con la comparación que Ch. Nadeau lleva a cabo entre las aportaciones de Koselleck y Skinner desde el punto de vista de la historia como construcción (social y política). Para Koselleck los objetos históricos relevantes dependen en gran medida de la forma en que nos son transmitidos por las generaciones pasadas y para ambos autores, según Nadeau, la captación del significado de la historia exige la comprensión de las relaciones sociales entre los agentes. Nadeau fundamenta su idea constructiva de la historia a partir de una tesis epistemológica que atribuye a Skinner y de una tesis ontológica que atribuye a Koselleck. La tesis epistemológica afirma que ningún objeto histórico puede reducirse a la mera acción de agentes individuales, sino que tiene que analizar el contexto social en el que la acción de los agentes tiene lugar. La tesis ontológica afirma que la acción histórica tiene un sentido que se dirige a las generaciones futuras. Skinner supone que la lectura de los autores pretéritos tiene que partir de la conciencia de que su tiempo no es ya el nuestro y de que el contexto en el que estos autores hablan es importante, aunque no totalmente determinante de las afirmaciones que hacen. Como nos recuerda Nadeau, el contextualismo de Skinner no es un causalismo. Por su parte, la historia conceptual de Koselleck se establece como una «historia del uso social de los conceptos» que tiene en cuenta que la utilización de un concepto por un grupo social en una época determinada depende del uso que se ha hecho de dicho concepto por parte de otros grupos y otras épocas, lo que supone que en cada concepto se da una sedimentación de los diferentes usos y sentidos que ha tenido a lo largo del tiempo, lo que le concede una

profundidad temporal y una dimensión diacrónica que le separa de la noción ahistórica de las ideas, que eran consideradas por la historia de las ideas clásica como una invariante. Para nuestro autor, tanto Skinner como Koselleck conceden una importancia decisiva a la contingencia histórica, al reconocer tanto la autonomía de los textos como su condicionamiento por los contextos (extratextuales), por lo que ambos autores pueden apoyar la idea de una noción constructivista de la historia.

Concluye de esta manera nuestro repaso de las aportaciones que sobre la historia de los conceptos y otras reflexiones historiográficas paralelas se analizan en los dos libros comentados, pero no podemos por menos de echar en falta en estas reflexiones las aportaciones de un autor hoy casi olvidado cuando no denostado como fue L. Althusser el cual en su monumental obra de relectura del marxismo y especialmente de *El capital*, defendió posiciones sobre el tiempo y la historia muy cercanas a las aquí expuestas. En concreto, Althusser con su noción, tomada de su amigo prematuramente fallecido, Jean Martin, de problemática, distinguió con gran sagacidad entre palabra y concepto, al insistir en que lo importante no eran los conceptos tomados de forma aislada sino organizados en problemáticas. La noción de problemática aludía a «la unidad específica de una formación teórica» que la identificaba distinguiéndolas de las demás formaciones teóricas. La problemática de un autor determinado es «la unidad constitutiva de pensamientos efectivos que forman ese aspecto del campo ideológico existente con el cual debe entenderse a un autor singular en su propio pensamiento». El sentido de un concepto dependía no tanto de la relación con una realidad exterior sino de su inserción en una problemática concreta en la que se relacionaba con otros conceptos para tratar de explicar una realidad dada. Althusser usó el concepto de

problemática para aludir a la esencia interior de un pensamiento con el objeto de huir del concepto hegeliano de totalidad. La problemática exhibe la estructura sistemática típica que unifica todos los elementos de un pensamiento dado y permite relacionar este pensamiento con los problemas planteados al pensador concreto por el tiempo histórico en el que vive que no tiene por qué coincidir con los problemas teóricos vigentes en otra época. El análisis de la problemática de un pensamiento permite explicitar el sistema de preguntas a las que dicho pensamiento trata de dar respuesta y su comparación con los problemas reales planteados por su tiempo al pensador permite, para Althusser calibrar el sesgo ideológico que muestra dicho pensamiento, al dar una respuesta deformada y falsa a los problemas reales que plantea la situación histórica. Lo importante en un pensamiento determinado no son sus elementos aislados que pueden ser de distintos orígenes, es decir la materia de la reflexión, sino la modalidad de dicha reflexión, la relación efectiva que la reflexión mantiene con sus objetos, es decir, «la problemática fundamental a partir de los cuales son pensados los objetos de este pensamiento». Althusser aplica la noción de problemática para poder afirmar que el joven Marx aunque aparentemente había abandonado la problemática feuerbachiana al pasar de la reflexión religiosa a la política e incluso a la económica (en los *Manuscritos* de 1844) en realidad permanece sometido a la problemática antropológica del autor de *La esencia del cristianismo*, ya que el pensador no piensa en su problemática sino que piensa a partir de ella aunque no piense en ella; de tal manera que el orden de las ideas del filósofo no coincide con el orden de ideas de su filosofía. En un caso se puede pensar que se permanece en una problemática dada y en realidad se ha salido ya de ella (el caso de Freud respecto al positivismo, por ejemplo) y otras

veces se piensa que se ha salido de una problemática porque se ha abandonado su terminología y en cambio se permanece en la misma, como muy bien ha analizado Derrida en relación con diversos intentos, como el de Heidegger, de romper con la tradición onto-teológica occidental. El análisis de un pensamiento determinado exige insertarlo en el campo ideológico en el que surge y descubrir la unidad interna que sostiene su problemática. Es la relación de esta problemática concreta con el resto de problemáticas que se articulan en el seno del campo ideológico considerado lo que permite decidir cuál es la diferencia específica que define a la obra de un autor determinado y si dicho autor ha hecho surgir un nuevo sentido o no.⁴ Por ejemplo, la introducción del concepto clave de plusvalía es lo que permite a Marx cambiar su problemática filosófica feuerbachiana por una nueva problemática científica, marxiana, en clara ruptura epistemológica con la primera.⁵

Por otra parte, Althusser y sus discípulos construyeron una noción compleja de tiempo que articulaba entre sí temporalidades específicas con distintos orígenes y distintos *tempos* de evolución, oponiéndose de esta forma a la noción de tiempo único y teleológica del historicismo, tanto burgués como marxista. En su análisis del tipo específico de totalidad marxiana que Althusser quiere oponer a la totalidad hegeliana nuestro autor afirma que la unidad propia de la totalidad marxiana no puede pensarse con la noción hegeliana de la contemporaneidad coexistente del presente. Para Marx, según Althusser ya no es posible «pensar en el mismo tiempo histórico el proceso de desarrollo de los diferentes niveles del todo». El tipo de existencia histórica de cada nivel no es el mismo. A cada nivel de la totalidad histórica hay que asignarle un «*tiempo propio*, relativamente autónomo, por lo tanto, relativamente independiente en su dependencia, de los “tiempos” de los

otros niveles»⁶ (subrayados de L.A.). Hay, por consiguiente, un tiempo y una historia propios de cada nivel histórico específico, del desarrollo de las fuerzas productivas, de las relaciones de producción, de la superestructura política, de la filosofía, de las producciones estéticas, de las formaciones científicas, etc., lo que permite asignar a cada nivel una historia específica diferencial que es a la vez dependiente y autónomo de los demás niveles con una independencia relativa que depende de cada totalidad histórica concreta. Para Althusser no hay que limitarse a pensar los tiempos visibles y mensurables directamente sino que hay que avanzar hacia el descubrimiento de tiempos invisibles que hay que descubrir tras las apariencias de los tiempos visibles y manifiestos. En concreto, «el tiempo de la producción económica capitalista que Marx analiza debe ser *construido* en su concepto» (subrayado de L.A.).⁷

Por último, conviene recordar que la aportación principal de Marx, para Althusser, fue el descubrimiento del continente de la historia que tuvo casi tanta importancia como el descubrimiento del continente de la física por parte de Galileo. (Podemos también recordar aquí a otro gran marxista olvidado hoy, Galvano della Volpe, que hablaba del marxismo como un «galileísmo moral» en el sentido de que Marx había hecho en el campo de las ciencias morales —humanas— lo que Galileo hizo en el campo de las ciencias físicas.)

Tras este recordatorio de un gran teórico de la historia como fue L. Althusser concluimos recomendando vivamente la lectura de las dos obras aquí comentadas en el convencimiento de que dicha lectura permitirá al lector adquirir una visión de conjunto casi exhaustiva de todas las diversas problemáticas relacionadas con la historia conceptual y la semántica histórica.

NOTAS

1. *Crítica y crisis: una patogénesis del mundo burgués*, Trotta, Madrid, 2007; *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*, Paidós, Barcelona, 1993; *Historia y hermenéutica* (con G.H. Gadamer), Paidós, Barcelona, 1997; *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Paidós, Barcelona, 2001; *Aceleración, prognosis y secularización*, Pretextos, Valencia, 2003; *Historia - historia*, Trotta, Madrid, 2004.

2. *Historia Contemporánea*, n.º 27, 2003; *Ayer. Revista de Historia Contemporánea*, n.º 53, 2004; *Isegoría*, n.º 37, 2007; *Conceptos. Revista de Investigación Graciana*, n.º 5, 2008; *Res Publica*, n.º 1, 1998, y n.º 11-12, 2003. En la difusión de la BG en el campo filosófico han sido fundamentales en nuestro país el autor que reseñamos, Oncina, y José Luis Villacañas, director de *Res Publica*, que han dado a conocer la obra de Koselleck y han empleado sus intuiciones de forma creativa en sus análisis sobre la (pato)génesis del mundo moderno y su actual crisis. Mientras que desde el punto de vista historiográfico destacan la labor de Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes, impulsores de los números monográficos de las revistas de historia citadas antes.

3. Conviene resaltar la labor que el profesor J. Fernández Sebastián, catedrático de Historia del pensamiento y de los movimientos sociales y políticos de la Universidad del País Vasco, ha realizado en el campo de la historia conceptual en el ámbito iberoamericano al que ha contribuido con el monumental *Diccionario político y social del siglo XIX español*, Alianza, Madrid, 2002, editado junto con J.F. Fuentes; con el *Diccionario político y social del siglo XX español* (Madrid, Alianza Editorial, 2008), editado también con Fuentes; y con el primer volumen del *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. La era de las revoluciones, 1750-1850* (Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009). A estas contribuciones se añade su trabajo incesante en el ambicioso proyecto Iberconceptos que está construyendo una historia transnacional de los conceptos políticos en el mundo iberoamericano, a través de Internet, la realización de congresos y la publicación de numerosos libros y artículos, aportando así una contribución hispánica original al variopinto mundo de la historia conceptual actual.

4. Cf. L. Althusser, *La revolución teórica de Marx*, Siglo XXI, México, 1973, «Prefacio hoy», pp. 23-